

Los sexos en el aula ¿juntos o separados?

José Ramón Landarroitajauregi *

Introducción

Con motivo de los conciertos educativos, la gestión del dinero público, la gobernación socialdemócrata, el derecho de los padres a la elección de centro y la reciente publicación de algunos libros de desigual interés¹, una fugaz estrella ha cruzado la Galaxia Gutenberg²: se trata del debate sobre las bondades y perjuicios de la separación de los sexos en el aula.

Lo que para unos es retroceso y propósito reaccionario que retrotrae a modelos instructivos periclitados y ultrarreligiosos, para otros es vanguardia pedagógica, diversidad educativa, libertad de elección, mejora en la disciplina dentro del aula y beneficios en el rendimiento escolar. El debate está servido y cuanto menos abre un interrogante respecto a un valor bien afianzado en las democracias occidentales: el principio de la igualdad educativa con independencia del sexo.

Una brizna de historia: las aulas, los sexos y el siglo XX

A caballo entre los siglos XIX y XX, la *coeducación* (ése fue el término original) fue una reivindicación pedagógica *filofeminista* que creció en ambientes intelectuales libertarios. Se pretendía el acceso normalizado de las mujeres al conocimiento de la Cultura, las Artes y las Ciencias; y no sólo a las Manualidades y al Catecismo como era costumbre desde el medioevo.

A decir verdad, en aquel tiempo tampoco los hombres tenían garantizada la Instrucción. Pues si bien los instruidos eran hombres, los hombres tampoco estaban instruidos. De hecho los niveles de analfabetismo eran muy altos en toda Europa; y aún mayores en los países de fuerte tradición católica y férrea tutela militar (cual es el caso español) que habían sido especialmente impermeables a la Reforma, la Ilustración y la Revolución Burguesa.

Aunque con resistencias, el hábito coeducativo creció en toda Europa al albor de un principio pedagógico en alza: la obligatoriedad y la universalidad de la Instrucción Pública. En este nuevo marco, las mujeres pudieron paulatinamente recibir instrucción en los mismos lugares, con los mismos docentes, sobre las mismas materias y con las mismas didácticas que los hombres. Y en España, siete décadas después —y ya muerto el tirano— comenzó a ser habitual que chicos y chicas compartiesen, en igualdad de condiciones, docentes, aulas, pupitres, materias, horarios, tareas y patios. Incluso en los centros religiosos.

Con la instauración progresiva de este modelo, el original término "*coeducación*" fue sustituyéndose por el políticamente neutro "*educación mixta*". Si bien, a partir de los años ochenta, el término reemergió con brío en círculos intelectuales feministas. Pero ya no se trataba tanto de la integración escolar del colectivo femenino, como de la integración escolar de la "*perspectiva de género*".

Ahora bien, esta progresiva incorporación escolar de la mujer —como docente y como discente—

no trajo una ginandrización educativa. Y ello porque la *educación mixta* no fue hija de aquella primera *coeducación*, sino de la ulterior escolarización obligatoria que los Estados fueron promoviendo tras la Segunda Guerra Mundial. Así que el proceso nunca se resolvió en términos sexuales; sino en términos integracionistas. Siendo las mujeres uno más de los colectivos anteriormente excluidos que se incorporaban a la Escuela. Con diferentes ritmos y discutible éxito, otros colectivos (pobres, torpes, rurales, gentes de otras etnias y personas con minusvalías) fueron teniendo cabida en las aulas. Parece que es lo mismo, pero no es igual. No es lo mismo coeducación que universalización y obligatoriedad. Las mujeres fueron incluidas, pero no por su condición sexual ("en relación a", "diferente que" y "en interacción con" los hombres); sino por su condición excluida.

Las Tesis Sexuales del Pensamiento Occidental

A lo largo del Pensamiento Occidental han sido siete las nociones ontológicas del sexo. Luego siete, las respuestas al interrogante ¿qué es el sexo? Estas son: a) el sexo como reproducción, de la tesis reproductiva; b) el sexo como erotismo, de la tesis erótica; c) el sexo como placer venéreo, de la tesis hedónica; d) el sexo como diferencia, de la tesis sexuante; e) el sexo como sepsis, de la tesis anti-séptica f) el sexo como represión, de la tesis anti-represiva; g) el sexo como opresión, de la tesis anti-opresiva.

Las cuatro primeras son tesis propositivas que guardan relación con la naturaleza misma del

sexo. Las tres últimas son tesis reactivas que no hacen relación alguna al sexo ni a ninguna de sus características propias, sino a fantasmas, excrecencias y parásitos que con él se han relacionado.

Hoy podemos ya hablar de una octava noción de sexo. Se trata del sexo como sinergia³ de la tesis sexológica moderna. Este nuevo paradigma sexológico, de un lado: reformula, actualiza e integra armoniosamente las cuatro tesis sexuales propositivas; de otro: se aleja, disuelve y deconstruye las tres tesis reactivas. Pues no se trata ya de evitar lacras sexuales periféricas, sino de promover valores sexuales nucleares. El eje central de esta nueva tesis ya no es la reproducción, ni el amor, ni el placer, ni la diferencia, sino el potencial benéfico de la cooperación entre seres procreantes, amantes, gozantes y diferentes.

Debates entrecruzados

En este debate confluyen diferentes razones que conviene discernir. Pues se trata, al tiempo, de un debate político explícito, de un debate moral implícito, de un debate pedagógico instrumentalizado y de un debate epistémico oculto. Dejaré aquí algunos apuntes sobre cada una de esas razones.

La razón política. En este debate sobre las bondades o maldades de las aulas separadas por sexos (y su financiación pública) hay, lógicamente, mucha razón política. Al punto que resulta un nuevo pulso entre “progres” y “regres” litigando en torno a lo religioso frente a lo laico; lo público frente a lo privado; y la (Sagrada) Familia frente al (Sacrosanto) Estado. Respecto a esta trinidad banderiza, y con la diversidad que cualquier comunidad contiene, tengo por cierto que el colectivo de profesionales de la Sexología suele tomar posición mayoritaria del lado de la progresía. Así pues triunfa holgadamente el eje “laico/público/Estado” sobre el eje “religioso/privado/Familia”. Sin embargo a la sensibilidad sexológica le corresponde una posición de difícil encaje en esta ordenación dicotomizada. Pues lo sexológico más que con lo laico se compromete con lo científico (que puede entenderse como una forma de laicismo escéptico y racionalista). Más que con lo público, se alinea con la defensa de lo íntimo (que es una forma específica de lo privado cuando éste hace relación a los irrenunciables “adentros” de la individualidad y la interindividualidad). Y, finalmente, en la tensión Familia-Estado, el compromiso sexológico suele tomar la tangente del Individuo y la Pareja.

La razón moral. En tanto que contencioso moral, el debate está siendo abanderado por las vanguardias puritanas de uno y otro frente. Litigan pues, de un lado, el *paleopuritanismo antisexualista*, atenuado ahora por las formas “neocon”, pero manteniendo su furibunda vigilancia frente a: excitaciones, deseos, amores, atracciones y placeres; de otro el *neopuritanismo antisexista* trufado hoy de “*perspectiva de género*” en permanente alerta frente a: desigualdades, discriminaciones, opresiones y objetuaciones. Uno y otro coinciden en su vocación pastoral (por ello buscan tener posición privilegiada en el discurso educativo) y en su obsesión por el lenguaje y los *mass-media* en los cuales buscan y encuentran, los unos, obscuridad; los otros, sexismo. En estas nuevas contiendas mojigatas es el sexo el primer y único damnificado. Pues lo que es valor se convierte en rémora o peligro, se previene lo que debería ser promocionado, se fiscaliza lo que debería ser defendido y se ignora lo que debería ser estudiado.

La razón epistémica. Si se analizan los fundamentos teóricos subyacentes en el debate resulta que se trata de una contienda entre la tesis antiséptica (de los peligros de la carne) y la tesis antiopresiva (de los peligros de la discriminación). Respecto al sexo ambas tesis son falsas y reactivas (incluso reaccionarias). Ambas lo evitan y se previenen de él. Desde luego no lo buscan, ni lo promueven, ni lo aprecian, ni lo cultivan, ni lo estudian. Son, definitivamente, tesis sexofóbicas.

Algunas consideraciones sobre la razón pedagógica

Aceptado que la ciudadanía toda está hecha de los dos sexos (y que estos conviven e interactúan incluso en el propio individuo, que es —de sí— intersexual), parece del todo sensato que los sexos, convivan en las aulas. Más aún si van a convivir en lo privado y en lo público, en las familias y en las fábricas, en la cama y en la plaza.

Excepto que, conocido el medio escolar, uno constata que los sexos apenas conviven. A lo sumo coinciden. Pero apenas cooperan, ni colaboran, ni coexisten, ni dialogan, ni interactúan. Están, se ven, incluso se oyen (escucharse, poco); pero no hablan, apenas juegan, no se mezclan, no se tocan, no se huelen, no se entienden, no se muestran, ... Pero sí se influyen. ¡Vaya si se influyen!

La presencia, la cercanía de “lo otro” genera mucho mar de fondo hecho de materiales implícitos, silenciados, velados, ocultos... que

se van moviendo a expensas de fuerzas de atracción y rechazo, de deseos y temores, de fantasías y fantasmas, de amores y desamores, de tensiones y relajaciones, de incitaciones y excitaciones, de rivalidades y alianzas. Son variables que no solo afectan a los archimencionados rendimiento escolar y disciplina, sino a las dinámicas grupales, al liderazgo, a los procesos evolutivos de maduración y crecimiento, a la definición del estatus del individuo en el seno del grupo, a la conciencia de sí a través del yo que los otros me devuelven, a la creación de centros de interés, a la motivación, a la relación con los docentes, etc. Precisamente sobre esta influencia incidental y los supuestos perjuicios de ella derivadas suelen detenerse los defensores de la *educación diferenciada*.

La Sexología moderna tiene bastante bien resuelto el eje “iguales/diferentes”. Así pues, las perspectivas *diferenciadoras* no le causan alarma alguna. Por el contrario la disolución de la fórmula “*con independencia del sexo*” — que es hoy la prescripción— abre una ventana de luz, esperanza, oportunidad y conocimiento. Porque ¿qué ventaja educativa ofrece que seres ineludiblemente sexuados sean tratados no ya sólo “*con independencia de su sexo*”, sino además con desconocimiento, con desinterés, con temor y con prevención de su sexo? Frente a eso no veo las ventajas de la propuesta diferenciada que resumo con la fórmula: “*sin sexo que les distraiga, rinden más y son más dóciles*”⁴. Tampoco entiendo la pretensión anafrodisiaca de separar a los sexos. Máxime cuando ni siquiera es eficaz para evitar atracciones, deseos, enamoramientos y deleites carnales.

Tenemos por delante el reto de resolver la paradoja de que la incorporación de los dos sexos en las aulas jamás ha incorporado al sexo en éstas. De hecho nuestro actual sistema coeducativo propicia que unos sexos desexuados crezcan en su mutua ignorancia sin apenas interacción salvo aquella que sobreviva en lo incidental.

Colofón

Considero que la sexodiferenciación educativa (fácilmente descalificable por sexista) puede ofrecer posibilidades. De hecho buena parte de los educadores sexuales recurren a didácticas segregadoras para propiciar y potenciar el diálogo intersexual. Y esto, lejos de ser una rémora o un defecto, es un recurso y una oportunidad. Así pues creo que la segregación sexual si es puntual, si es diferenciada y diferenciadora, si es didáctica, si es rentable, si tiene pretensión

sinérgica (que no anafrodisiaca) y si procura ginandrización escolar es benéfica.

Ahora bien, sería deseable que, a propósito de este debate, articulásemos alguna fórmula diferente a las que hoy están sobre la mesa. Pues parecería que hay que elegir entre: educación “con independencia del sexo” o educación con “sexos independientes”. Quizá tengamos ya madurez y conocimiento suficientes para aceptar las dependencias sexuales, que son muchas. Desde luego podrían promoverse los valores de la interacción y la interdependencia.

No se trata ya de si las chicas y los chicos comparten espacios y materias, sino de que interactúen y cooperen para su mutuo beneficio. Y no se trata ya de la incorporación escolar femenina, sino de la incorporación de la Escuela a la realidad de los Sexos.

* Sexólogo. Co-director del Centro de Atención a la Pareja Biko Arloak.
biko1@correo.cop.es

La Escuela podría ser un generador de sinergias sexuales (“inter” e “intrasexuales”). Para ello debería quitarse del vicio de la “independencia del sexo”, sin recurrir a los “sexos independientes”. Promover conocimiento (cultura, ciencia, arte, habilidad, aptitud, actitud, valores, etc.) con sexos interdependientes y en interacción. Sacando el sexo de debajo de las alfombras y poniéndolo en la mesa docente, en la silla discente, en el libro cognoscitivo y en la pizarra didáctica. Pues el sexo aceptado, conocido, estudiado, considerado y promovido no es una lacra, ni un problema, ni un peligro, ni una distracción. Antes al contrario es un valor, una solución, una materia, un conocimiento, una oportunidad y un rumbo.

Para este desafío pendiente no son necesarios grandes requerimientos presupuestarios, orga-

nizativos y formativos. Se requiere, eso sí, cierta disciplina y una Disciplina (por ejemplo una que estudie y estime a los dos sexos y sus interacciones; o sea, Sexología). ■

- 1.- “Diferentes, iguales, juntos?. Educación diferenciada” de Enric Vidal. “Educación diferenciada, una opción razonable” de José María Barrio. “Los niños con los niños, las niñas con las niñas” de María Calvo.
- 2.- La paráfrasis evoca la obra de Marshall Mac Luhan del mismo título.
- 3.- La sinergia puede definirse como el concurso activo y concertado entre dos o más elementos fruto del cual emergen características benéficas que ninguno de los elementos primigenios contiene originalmente y que surgen precisamente de su interacción cooperativa.
- 4.- Nótese que son argumentos clásicos de la tesis antirrepressiva que, en negativo, hubiese hecho suyos el propio Wilhelm Reich.

¿Juntos o separados?

Elisabeth Badinter ha denunciado en uno de sus últimos libros —*Por mal camino* (Alianza, 2004)— cómo los movimientos feministas de corte puritano han tomado un camino que plantea muchos interrogantes. Uno de ellos es el de la independencia y la separación de los sexos que se traduce en una confrontación. Los sexólogos seguimos la ruta de los sexos y hablamos de la lógica de los sexos. La línea que une a los sexos trae consigo un cúmulo de beneficios. Frente a este camino, algunos ejemplos en otra dirección pueden hacer pensar y, sobre todo, dar materia para analizar nuevos formatos y estructuras de acción.

En el caso español hubo una vía abierta en los años ochenta que consistió en lo siguiente: la cuestión era cómo hacer que los anticonceptivos no fueran sólo un asunto de mujeres. Y la vía fue abrir centros de educación sexual y planificación familiar en los que, al contrario de lo que sucedía en la consulta ginecológica, iban hombres y mujeres. Se hacían charlas y coloquios en grupos abiertos. Y, poco a poco, se fueron juntando allí usuarios de ambos sexos.

* Director del Instituto de Sexología. Madrid.
incisex@sexologiasociedad.com

El resultado fue evaluado por todos de forma muy positiva. Aquello se cortó. Sería largo de explicar. Otro día trataremos de esto. Pero la conclusión es que aquella vía se cortó y la experiencia fue diluida y derivada hacia las respectivas especialidades sanitarias, cada sexo por su lado.

El siguiente ejemplo indicativo —ya en los noventa— fue la conversión de los restos de aquellos equipos en Centros de Mujeres o Centros de ayuda y protección a la mujer. Con ello, los restos de las redes tejidas institucionalmente para ambos sexos se fueron reconvirtiendo en asuntos propios de la mujer. Con motivo de la violencia de género, estos y otros servicios se han convertido definitivamente en sólo para mujeres.

Un tercer ejemplo: El formato de asesoramiento y tratamiento de las dificultades de los sexos en formato de pareja se ha revelado el más eficaz en las últimas décadas. “El objeto de trabajo que más resultados ofrece —escribieron Masters y Johnson en los años setenta— no es

el asesoramiento de uno u otro sexo sino de éstos en relación”. Llevar a cada uno por caminos distintos cuando surgen problemas no es, desde el punto de vista profesional, una vía aconsejable. Y los acontecimientos relativos a la violencia entre los sexos han contribuido a difundir el espejismo de ir todavía más por separado.

La pregunta, molesta por definición, es qué pasa con los hombres, incluso ya fuera de esa línea de ambos sexos. Y la pregunta más interesante para nosotros como sexólogos es qué pasa con las relaciones. Que las Instituciones sean precisamente las que, en lugar de fomentar los tejidos del diálogo y el encuentro, creen otros tan distintos, hace pensar. Insistimos en que no se trata de no hacer por las mujeres lo que sea necesario sino de no olvidar la ruta principal que es la de los sexos. Y ésta resulta deseada por ambos. Insistimos: por ambos. El axioma de los sexos nos lleva a estos planteamientos desde dentro de sus deseos. ■

José Luis Beiztegui Ruiz de Erentxun *

Llega un nuevo vendaval, dulce y benditamente asolador, parido hace ya dieciséis años por Camille Paglia. Afortunadamente, el dios de la literatura ctónica, telúrica, descarnadora, fresca, pasional y fundante, nos concede la posibilidad de degustar con lujuria y psicósomática lubricidad este nuevo regalo de Camille. Tras habernos familiarizado con *Vamps and Tramps* y haber entrado más o menos colectivamente a formar parte del universo Paglia, tenemos otra misión de conocimiento y refinamiento del paladar para poner una nueva foto en nuestro particular álbum de excelencias intelectuales. Una misión, sin duda, más ardua, compleja y diferente; no es una obra al uso de fácil deglución y digestión. Quien vaya a por algo fácilmente comestible mejor que no se acerque; la reina llega asimétrica, profunda, desfondada y espesa.

Es la obra que descubrió a Camille Paglia en los años 90 en EEUU. Como no podía ser de otra manera, junto a su personalidad ácida, provocativa y polémica, generó un ingente revuelo en los círculos intelectuales y artísticos de aquel momento. Podríamos decir que *Sexual Personae* es una historia de la personalidad occidental recreada a través del Arte, desde la Prehistoria y Egipto hasta finales del siglo XIX. Alguien podrá objetar cuán alejado queda esto de la sexualidad y los sexos y, en primera instancia, podríamos decir que sí; lo más curioso es que este análisis de la cultura, el arte y la personalidad occidental gravita constantemente, y yo diría que necesariamente, bajo y por la cuestión sexual. Lo masculino, lo femenino, lo apolíneo, lo dionisiaco son conceptos que aparecen de manera recu-

rrente en cada hoja del libro y, al fin y al cabo, lo que grita Camille en cada frase del mismo, es que la evolución artística, sociológica y cultural de Occidente ha estado gestionada por el principio rector de los sexos, lo masculino y lo femenino, su integración, vinculación, odio o lucha encarnizada. Es un libro de Filosofía y Arte donde el *Sexus* actúa como lugar y motor primigenio, un *Sexus* arquetípico y atávico que recorre todas las manifestaciones histórico-culturales de nuestra era. De hecho, no es casualidad que el título de libro sea *Sexual Personae*. Es un libro de los que no van solo a estar en la mesilla de noche de un sexólogo; quizá nos hemos acostumbrado a que lo nuestro bucee por aguas más pragmáticas, funcionales y tangibles; quizá, el Arte, la Filosofía y la Literatura ya queden lejos del saber general y también del de nuestra Ciencia. Quien vaya en busca de un manual al uso y libre de sinuosidades, mejor que piense en otra cosa.

El primer capítulo es el que gira de una manera más focalizada en la cuestión sexual, a la que Paglia no duda en hacer compañera de viaje de la violencia. El sexo como poder oscuro; como punto de contacto entre el hombre y la naturaleza, un punto donde, tal como dice Camille, la moral y las buenas intenciones quedan a merced de impulsos primitivos. El sexo es demoníaco. En el sexo gobiernan la compulsión y la antigua Necesidad; la naturaleza no respeta la identidad humana. Los hombres inventan la cultura para defenderse de la naturaleza femenina sustituyendo el vientre mágico-culto terrenal por la cabeza mágica-culto celeste. En fin,

Paglia ama y prefiere a Sade o a los sades británico y americano, a Blake-Dickinson, en lugar de a Rousseau. Es crítica con una visión apolíneamente correcta del ser humano, donde los paisajes verdes y exquisitamente pastoriles tapan la realidad demoníaca, ctónica y violenta de la naturaleza y el sexo.

Siempre que se persigue o se logra la libertad sexual no anda lejos el sadomasoquismo. El romanticismo se termina convirtiendo en decadencia si nos dedicamos a quitar algunos matorros. Ésta es Camille; hablando duro y diciendo lo que nadie quiere oír. Los restantes 23 capítulos del denso y brutal libro son, como ya he dicho, un análisis exhaustivo y culto de la civilización occidental donde el *Sexus* sigue como fuerza invisible condicionando y actuando; nos habla desde Nefertiti, Apolo y Dionisio, hasta el decadentismo americano de Poe, Hawthorne, Whitman y James. Es un libro de lectura lenta y reflexiva; en primer lugar, por las mil páginas que lo adornan y en segundo lugar, por lo denso y profundo, a veces difícil de su lenguaje, en momentos con una impronta psicodinámica a mi parecer, excesiva. A veces sinuoso, otras, difícil de digerir si no estás en contacto con el mundo de la Filosofía o el Arte.

Aún así, la Paglia aterriza con toda su fuerza, brindándonos y exponiéndonos a una prueba de alta dificultad. Nos reta y está en nosotros acudir a su magnetismo de Gran Madre nutricia; para censurarla, maltratarla, criticarla, desealarla o borrachos de ella, matarla. Un placer de nuevo, Camille. ■

* Sexólogo. Miembro de la AEPS
jolube03@yahoo.es

CONFERENCIA INTERNACIONAL

“Sexualidad y mujer con discapacidad”

(En el marco del Proyecto Europeo SWOD)

Valladolid, 24 y 25 de Noviembre de 2006

Información y Reservas: Secretaría de la AEPS

Pilar Rodríguez. Apdo. Correos 102. 47080 Valladolid. Tfno.: 983 390 892 Fax: 983 217 565. pilaraeps@aepe.es